



En Memoria de Jose Schlosser y Eva Schlosser (Q.E.P.D.)

Selección de texto realizada para la "Cadena Fraternal", Página editada con los auspicios de la
Respetable :. Logia:.. Simbólica "La Fraternidad n°62" de Tel Aviv, Israel
WWW.CADENAFRATERNAL.COM

Plancha 1277

A:..L:..G:..D:..G:..A:..D:..U:..

V:..M:..

QQ:..HH:..

El trabajo humano como escuela iniciática

Desde los tiempos más antiguos, el hombre ha trabajado para sobrevivir; pero sólo en determinadas tradiciones ha comprendido que el trabajo no sólo transforma el mundo, sino que transforma al propio trabajador.

La masonería hereda precisamente esta comprensión: el trabajo no es únicamente acción productiva, es disciplina formativa. No se reduce a lo que se hace con las manos; alcanza lo que se forma en la conciencia.

En las sociedades preindustriales, los oficios no eran simples profesiones. Constituían modos de relación con la realidad. Cada oficio enseñaba una forma particular de mirar el mundo y, al mismo tiempo, de mirarse a uno mismo. El constructor aprendía la ley de la forma: la materia sólo se vuelve útil cuando acepta medida, orientación y estabilidad. El jardinero aprendía la ley de la vida: lo que crece necesita cuidado, paciencia y tiempo. El cerero aprendía la ley de la luz: la claridad no surge por sí sola, debe prepararse, sostenerse y protegerse del viento que la extingue.

En estas tres experiencias se revela una enseñanza común: el trabajo verdadero no se limita a producir objetos, produce carácter. El constructor no sólo levanta muros; aprende disciplina. El jardinero no sólo cultiva la tierra; aprende constancia. El cerero no sólo fabrica luz; aprende servicio silencioso. Así, el trabajo se convierte en escuela porque obliga al hombre a

confrontar límites, ordenar esfuerzos y asumir responsabilidad sobre los resultados de su acción.

La masonería toma esta experiencia ancestral y la eleva a principio iniciático. Cuando el Aprendiz recibe sus herramientas, no se le invita a ejercer un oficio literal, sino a comprender que toda transformación exterior refleja una transformación interior. Tallar la piedra no es sólo preparar un material, es educar la voluntad. Medir con la escuadra no es sólo verificar un ángulo, es rectificar la conducta. Elevar un templo simbólico no es sólo imaginar una construcción, es ordenar la propia vida conforme a un propósito.

El trabajo iniciático se distingue del trabajo profano en que no persigue únicamente eficacia, sino sentido. En el mundo exterior, el trabajo suele medirse por el resultado visible; en el camino iniciático, se mide por la transformación invisible. Lo importante no es sólo lo que se logra, sino en quién se convierte el hombre al hacerlo. Por eso la Logia no es un lugar donde se ejecutan tareas, sino un espacio donde se aprende a trabajar correctamente sobre uno mismo.

Esta comprensión restituye al trabajo su dimensión moral. En un mundo que a menudo separa la acción del significado, la tradición iniciática recuerda que cada esfuerzo puede ser ocasión de formación. El golpe del mallete enseña precisión; el silencio del Taller enseña escucha; la repetición del método enseña perseverancia. El trabajo deja entonces de ser mera obligación y se convierte en camino de perfeccionamiento.

Cuando el masón asume esta perspectiva, descubre que la verdadera obra no está fuera de él. El templo simbólico que busca levantar no es sólo una imagen colectiva; es la forma que su propia conciencia adopta cuando vive conforme a la ley, la medida y la fraternidad. El trabajo deja de ser carga y se vuelve vocación interior. Ya no se trata de cumplir una tarea, sino de responder a una responsabilidad.

Así, el trabajo humano, entendido desde la tradición iniciática, revela su sentido más profundo: es el medio por el cual el hombre participa en la construcción del mundo mientras se construye a sí mismo. Cada acto consciente ordena un poco la materia y, al mismo tiempo, ordena un poco el alma. Cada esfuerzo recto fortalece el carácter y contribuye a la armonía común. El trabajo se convierte entonces en puente entre lo visible y lo invisible, entre la acción y el ser.

Comprender esto transforma la mirada del masón sobre su propia vida. Ya no ve en el trabajo una carga inevitable, sino una oportunidad constante de formación. Cada jornada se vuelve taller, cada dificultad se vuelve herramienta y cada logro se vuelve piedra colocada en el edificio interior. El camino iniciático deja de ser teoría y se vuelve práctica diaria.

Cuando esta conciencia madura, el masón entiende que la obra más importante que puede realizar no es la que deja en el mundo, sino la que deja en sí mismo. Y entonces descubre que el verdadero templo que está llamado a construir no se levanta en piedra, sino en conciencia.

Muchas gracias

M.:M.: Conrado Milanes

Respetable Logia Luz de America No. 255

La Muy Respetable Gran Logia de Libres

y Aceptados Masones de el Estado de la Florida